

Lo de las placas.

1-190

1

("Las Noticias", Barcelona, 1 octubre 1899).

Lo de las placas



Preguntábame un amigo de arraigado sentimiento cristiano y aborrecedor de todo seclarismo, que es lo que habría de hacer en el caso de que llegara á generalizarse lo de poner sobre la puerta de casa placas del Corazón de Jesús, dado que él no las quería, sabedor de su significación.

Y le contesté: «Pon un crucifijo, que es el símbolo tradicional y consagrado por los siglos, el rodeado de invisible aureola de honda poesía religiosa y de los más tiernos recuerdos. Pon un Cristo, que excluye toda secta, y á todos los cristianos abre los brazos. Y espera lo que digan.»

Eso del Corazón de Jesús es un símbolo jesuítico, es el «schibolet», la marca de fábrica que la Compañía se empeña en imponer á la Iglesia toda. Es una marca de la Compañía, como el rosario de los dominicos, el escapulario de los carmelitas y las llagas de los franciscanos. El seco é imperativo «Reinaré» quiere decir que reinará y se impondrá la Compañía de Jesús con su concepción chinesca del mundo y de la vida, que el catolicismo ha de ser jesuítico ó no ha de ser nada.

Tiempo hace ya que el empeño mayor de la Compañía se cifra en imponer ese culto de origen francés, culto chinescamente ñoño y superficial, y huero de todo contenido íntimamente espiritual. Es menester leer las revelaciones de la beata Margarita María, sobre todo después de haber leído á Santa Teresa. Las de la monja de Paray-le-Monial, son de una tosquedad que sólo con su artificio compite. Y luego han acabado de «chinizarlas» ó «achinarlas».

Tiene la Iglesia católica á la procesión del Corpus por la más solemne, por la única realmente litúrgica, como que en ella saca á la veneración de los fieles no imágenes, sino al sacramen-



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

1.5.2/231

to, en que está presente, según el dogma, el mismo Cristo. Pues bien, los jesuitas, que no ignoran esto, procuran que su procesión, que cae cerca de la otra, sea más solemne y con ella compita en afluencia de fieles, llevando su vistosa imagen, de puro gusto de confitería de ordinario, mayor y más lucido cortejo que el sacramento mismo. Esto se ve bien claro aquí, en Salamanca. A la procesión de la Clerecía, de los jesuitas, ha de ir más gente que á la del Obispo, ó sea á la de la Iglesia. Y para lograrlo se acude á todo. Hay «católico» que se queda tan satisfecho de haber hecho un desaire al Obispo, tomando por mingó al sacramento.

Y si se va á la Clerecía, al templo aquí de los jesuitas, se verá que han dispuesto el altar del Corazón de Jesús como si fuese lo que se llama un comulgatorio, con su cercado de paños y no sé si sus luces perpétuas y su aparato todo.

Algún que otro rapapolvos han recibido de Roma respecto á ese culto,

mandándoles que aplacando sus ímpetus lo regularicen, pero ellos erre que erre, siempre en sus trece, paganizándole y chinizándolo cada día más y emperrados en que se declare fiesta de precepto el día del Sagrado Corazón y su culto un deber de todo católico. Y luego pedirán tal vez que hagan de él sacramento ó que se modifique el de la Eucaristía para transformarlo en jesuítico. Y entonces será el triunfo del chinismo y la muerte del espíritu cristiano, derretido en jaculatorias y oraciones muelles, en diluvio de superlativos acaramelados, en «consuelos» de una fiñez enervadora y en una verdadera proscripción del jugo viril y robusto del Evangelio.

Por esto, le dije á mi amigo: «Pon un Cristo, que es el símbolo eterno, el preñado de vida, el que excluye toda secta y á todos los cristianos abre los brazos, el que nos enseña que es la religión lazo con Dios y no con los hombres.»

Miguel de Unamuno.

